

CONCIENCIA Y LIBRE ALBEDRÍO

Paco Jiménez Orantes

[El Principio Federativo](#)

En esta ocasión quisiera apartarme un poco de los temas políticos, económicos o sociales para hablar de otro tema más bien filosófico o psicológico (aunque las conclusiones sí que enlazan con la política, la economía y la sociedad).

Hace unas semanas estuvo por Cataluña el filósofo estadounidense John Searle, conocido entre otras cosas por sus contribuciones a la filosofía del lenguaje y a la filosofía de la mente y la conciencia, como informa puntualmente la Wikipedia. No he leído nada suyo directamente, pero reconozco que el concepto de conciencia forma parte de los esquemas mentales que uso cuando reflexiono sobre muchas otras cosas.

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA?

No necesito inventar definiciones, la usual que dice que es la capacidad de percibir la realidad y hacerse una representación mental me sirve. Pero hurguemos un poco en esta definición: ¿En qué consiste la percepción de la realidad que tienen las personas?

Percibir es en un sentido amplio recibir información. Los sentidos son el canal primario por el que nos entra información: los fenómenos, objetos y los seres que vemos, sentimos, tocamos, olemos ya veces degustamos nos provocan por esta vía una impresión directa de lo que son y de su comportamiento. Pero estas impresiones en su conjunto son irrepetibles de una persona a otra, no sólo por las diferencias grandes o pequeñas entre los respectivos órganos sensoriales (por ejemplo, los daltónicos no pueden percibir los colores) sino porque para percibir hay que prestar atención.

Creo recordar que era el filósofo de la ciencia Willard Quine el que comenzaba sus clases proponiendo a sus alumnos “¡Observad!”, algo a lo que le respondían “¿El qué?”. Nos rodea permanentemente una cantidad de estímulos enorme, inalcanzable e imposible de asimilar por nuestros sentidos, por no hablar de su transformación en información dentro de nuestro cerebro. Necesitamos focalizar nuestra atención sobre una parte relativamente pequeña de todo lo que nos rodea, y la decisión consciente o inconsciente que determina en cada momento donde ponemos nuestra atención depende de muchísimas cosas y no pocas veces la determina el azar.

Los seres humanos disfrutamos, por otra parte, de lo que podríamos llamar una percepción aumentada de la realidad. No me refiero sólo a las herramientas que hemos construido para amplificar nuestros sentidos, como los instrumentos ópticos o los amplificadores de sonido, también disponemos del lenguaje y de las tecnologías de la comunicación que eventualmente pueden dirigir nuestra atención hacia cosas que de otro modo nos habrían pasado desapercibidas o sobre todo, que nos permiten completar nuestra conciencia con elementos de información que de hecho no hemos percibido nunca.

¿Y qué hacemos, de toda esta información de la realidad que tenemos? La guardamos en nuestra memoria, pero naturalmente no de una manera iterativa o aleatoria. Aunque sólo sea para poder recordar en un futuro lo que nos llegó, necesitamos relacionar entre sí toda esta información. Podemos relacionar cada elemento de la memoria de forma múltiple con muchos otros por semejanza, por ubicación temporal o espacial, por antagonismo u oposición, por carga emocional, por sucesión en el contexto de un relato real o artificioso, etc.

Es muy interesante darnos cuenta de que incluso cuando dos personas han recogido un conjunto de percepciones muy similares es casi seguro que relacionarán y recordarán toda esta información de una manera diferente. ¿Por qué? Pues porque incluso las más pequeñas diferencias en la experiencia previa con respecto a otros recuerdos, las diferentes reacciones emocionales e incluso la fisiología diferente de cada cerebro «invitan» a acomodar la nueva información de maneras específicamente diferentes.

El conjunto de la información que recordamos, y sobre todo la manera en la que esta información está relacionada es lo que constituye nuestra representación mental de la realidad. Una representación mental que no es «una pintura» sino un relato que se extiende en el tiempo y el espacio más allá de los límites de nuestra presencia física.

EL LIBRE ALBEDRÍO

Desde un punto de vista mecanicista, propio de las ciencias experimentales, hay una marcada inclinación a considerar que en última instancia el libre albedrío no existe. El argumento a favor de defender que todo comportamiento está determinado por condiciones previas se pretende demostrar por dos vías: primero afirman que es posible predecir en líneas generales el comportamiento de los animales e incluso de las personas en un entorno controlado, y en segundo lugar sostienen que cualquier comportamiento observado puede ser analizado hasta encontrar el conjunto de condiciones y causas previas que lo provocaron de manera necesaria.

Bueno, la segunda vía de demostración de la inexistencia del libre albedrío muchos estudiantes de filosofía de bachillerato reconocerán que es lo que se conoce como falacia de justificación *ad-hoc*. No es por lo general demasiado difícil reunir un conveniente conjunto de eventos y afirmar que existe una relación causa-efecto entre el primer evento y los sucesivos. Y si, como es el caso, no es posible repetir la misma secuencia de acontecimientos que han definido un determinado comportamiento humano complejo, pues no es posible probar ni el acierto ni el error de la hipótesis.

La primera vía de demostración de la inexistencia del libre albedrío, es decir, la comprobación experimental de que respuestas conductuales simples, con pocas variables y estímulos condicionantes básicos, son perfectamente predecibles, seguramente resulta más insidiosa y difícil de rebatir. Pero no demasiado más.

La tesis sería que constatamos que las respuestas conductuales básicas son claramente condicionables: por ejemplo, si acercas la llama de una vela a la mano de un individuo sano, inevitablemente retirará la mano para evitar el dolor de la quemadura. He aquí un condicionante del comportamiento, la evitación del dolor. Y luego podemos ir inventariando otros condicionantes, como la búsqueda del placer, la necesidad de interacción social, y muchos otros. A la vista de esto, un pensamiento conductista puro afirmaría que si algún día inventariásemos todos los condicionamientos posibles y los cuantificásemos, sería teóricamente posible «calcular» el comportamiento futuro de los individuos y por lo tanto escribir de antemano la historia del futuro. [Los que sean como yo fans del escritor de ciencia ficción Isaac Asimov recordarán que este es el núcleo del argumento de sus libros sobre «La fundación»].

Pero aunque sea en teoría o con márgenes de error considerables, ¿es realmente posible inventariar y cuantificar un número suficientemente grande de condicionantes para predecir el

comportamiento futuro de las personas? Me atrevo a decir que la acumulación de intentos infructuosos de hacerlo prácticamente ya demuestran que tal predicción es imposible. Sociólogos y economistas construyen a menudo complejos modelos estadísticos llenos de correlaciones para predecir comportamientos «mayoritarios» dentro de grandes colectivos de personas, y sistemáticamente los resultados finales se desvían de sus previsiones. La explicación que dan en estos casos es que no habían tenido en cuenta una o más variables que han resultado decisivas o que habían rebajado demasiado la importancia de determinadas correlaciones. Justificaciones ad-hoc.

Desde mi punto de vista, la causa fundamental de la impredecibilidad del comportamiento humano la tenemos en la conciencia. Si el científico social puede analizar los condicionantes del comportamiento de un individuo e intentar predecir sus respuestas, el mismo individuo también puede examinar las circunstancias que lo están empujando a este comportamiento, anticipar cuáles pueden ser sus acciones futuras en este contexto y cuáles serán las consecuencias. De hecho, puede tomar conciencia de que le están intentando condicionar y de cuáles son las expectativas del observador. Y así, por razones previas reales o imaginarias, decidir hacer algo inesperado como por ejemplo resistir el dolor de una quemadura en la mano.

¿Os gusta el ajedrez? Yo particularmente soy un pésimo ajedrecista, pero entiendo que en este juego cada uno de los dos participantes intenta adivinar cuál será la respuesta del contrario a su próxima jugada, y los mejores jugadores todavía imaginan la jugada siguiente, y la otra y la otra , tan lejos en el futuro como su memoria y su imaginación se lo permiten. Si se pudiera leer la mente de los jugadores de ajedrez, seguramente descubriríamos que lo que hace buenos a los mejores es su capacidad para anticipar un gran número de jugadas con no pocas ramificaciones alternativas. En la vida cotidiana nosotros también hacemos esto, no sólo respondemos a las condiciones que nos afectan, también imaginamos la aparición de condicionantes futuros, el efecto sobre nosotros de las reacciones futuras de otras personas, el resultado de nuestras siguientes acciones y qué otra secuencia de condiciones y acontecimientos nos rodeará después, y qué haremos entonces... Hay personas incapaces de mirar demasiado lejos o considerar las reacciones de los demás y también hay personas que usan razonamientos complejos, anticipando todo tipo de situaciones, antes de tomar determinadas decisiones. Y lo que es más importante, a menudo las ideas que nos hacemos sobre lo que nos condiciona o nos condicionará o sobre lo que los demás harán o dirán, son ideas erróneas o simplemente ficciones irreales. Nuestra propensión a caer en el error nos hace impredecibles. **Y LO SABEMOS, QUE MENUDO NOS EQUIVOCAMOS.**

He puesto esta última frase en mayúsculas porque de alguna manera la conciencia de nuestra falibilidad es lo que nos hace libres, es la garantía de nuestro libre albedrío. La incertidumbre nos obliga a tomar decisiones incondicionadas, la indeterminación nos invita a imaginar futuros improbables y nos desafía a actuar como si lo imposible estuviera al alcance. Somos libres porque en cada momento podemos optar entre nuestro cálculo imperfecto de probabilidades y el sueño de lo que valga la pena conseguir aunque quizás sea irrealizable. En definitiva, la imaginación, el pensamiento libre es el que al final y a veces hace realidad lo imposible, y lo que frustra los intentos de describir los seres humanos como unos autómatas biológicos.